
OCTUBRE

*Pero la sabiduría que es de lo alto es
primeramente pura, después pacífica, amable,
benigna, llena de misericordia y de **buenos
frutos**, sin incertidumbre ni hipocresía.*

Santiago 3:17:

Iniciamos el último trimestre del año 2025 y estamos agradecidos a Dios por habernos permitido transitar durante este tiempo por el camino de la sabiduría. Nuestro tema durante este mes de octubre es:

LA SABIDURÍA ES DE BUENOS FRUTOS

VERSÍCULO LEMA

Santiago 3:17: "Pero la sabiduría que es de lo alto es primeramente pura, después pacífica, amable, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos, sin incertidumbre ni hipocresía."

INTRODUCCIÓN

Cuando leí otra vez el versículo lema y llegué a esta parte de que la sabiduría que es de lo alto es de buenos frutos, pensé enseguida en compararla a un árbol frondoso, cargado de buenos frutos. Al igual que los árboles en la naturaleza, esta sabiduría no surge de la nada; necesita de una serie de cuidados esenciales para poder florecer y producir el fruto del Espíritu Santo. Así como un árbol requiere buena nutrición, poda y riego para crecer fuerte y saludable, nosotros también necesitamos un enfoque similar en nuestra vida espiritual.

Imaginemos un manzano en un huerto. Para que este árbol produzca manzanas jugosas, necesita ser alimentado con tierra rica en nutrientes, recibir el agua adecuada y ser podado en el momento correcto. La falta de cualquiera de estos elementos puede llevar a una cosecha escasa o incluso a la muerte del árbol.

De manera similar, nuestra vida espiritual necesita ser nutrida con enseñanzas edificantes, regada con la oración y, en ocasiones, podada de pensamientos o actitudes que no nos benefician. Este proceso de cuidado constante nos permite no solo sobrevivir, sino también prosperar en nuestra relación con Dios y en nuestro entorno.

La buena noticia es que, al buscar la sabiduría divina, no estamos solos en este camino. Dios nos proporciona las herramientas necesarias para crecer y florecer. A través de la lectura de la Biblia, la meditación y la comunidad de creyentes, podemos recibir esa nutrición vital que alimenta nuestro espíritu. La oración es el agua que sana nuestras heridas y nos fortalece, mientras que la reflexión y la humildad nos ayudan a identificar las áreas que requieren poda para que podamos avanzar con mayor claridad y propósito.

Al cultivar nuestra vida espiritual con atención y dedicación, comenzamos a ver los frutos del Espíritu: amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza. Estos no son solo cualidades personales, sino manifestaciones visibles de la sabiduría que hemos cultivado en nuestros corazones.

Al final, al igual que un árbol que ofrece su abundante cosecha, nuestra vida puede ser un testimonio hermoso y poderoso de la sabiduría que proviene de Dios y de su bondad infinita. Cultivemos, pues, con amor y dedicación nuestro jardín espiritual, y permitamos que su belleza y dulzura impacten a quienes nos rodean.

1 LA SABIDURÍA ES DE BUENOS FRUTOS

La vida es un viaje lleno de elecciones, y en este camino, todos anhelamos cosechar buenos frutos. La Biblia nos ofrece guía y sabiduría sobre cómo vivir de manera que nuestras decisiones y acciones reflejen la verdad divina. A través de sus enseñanzas, podemos aprender no solo a vivir de manera plena, sino también a cultivar una vida que glorifica a Dios.

Durante este mes profundizaremos en cómo podemos cosechar estos frutos y los principios bíblicos que nos ayudan en este proceso.

2 LA SEMILLA DE LA SABIDURÍA

Comenzamos con el principio fundamental que nos enseña:

Proverbios 4:7: “La sabiduría es la principal cosa; adquiere sabiduría, y con todos tus bienes adquiere inteligencia.”

Este versículo establece que la búsqueda de la sabiduría debe ser nuestra prioridad. Para cosechar buenos frutos, necesitamos plantar la semilla correcta. La sabiduría no solo se refiere al conocimiento, sino a una comprensión profunda de la vida que nos permite tomar decisiones acertadas. Al estudiar la Palabra de Dios y aplicar sus enseñanzas, cultivamos un corazón dispuesto a crecer.

3 EL ÁRBOL QUE DA FRUTOS

En Salmos 1:2-3 se nos dice: *“Sino que en la ley de Jehová está su delicia, y en su ley medita de día y de noche. Será como árbol plantado junto a corrientes de aguas, que da su fruto en su tiempo.”*

Aquí se establece que aquellos que meditan en la Palabra de Dios son como un árbol frondoso que produce frutos en su momento apropiado. Esto nos enseña que la paciencia y la dedicación son esenciales para ver los resultados de nuestro trabajo espiritual. Al nutrirnos de la Escritura, encontramos las corrientes de agua viva que dan sustento a nuestra alma.

4 LA IMPORTANCIA DE LA COMUNIDAD

No podemos ignorar el papel que juega la comunidad en nuestra cosecha espiritual. Días atrás, el pastor Tomás predicó precisamente sobre este versículo, y sería bueno que lo escucharas: <https://youtu.be/BSfINge9df4?si=iGEEOUtH3zB0Tsu7>

Hebreos 10:24-25 nos recuerda: *“Y consideremos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras, no dejando de congregarnos,*

como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos unos a otros, tanto más, cuando veis que aquel día se acerca.”

La comunión con otros creyentes nos fortalece y nos anima a seguir adelante. Juntos crecemos y nos ayudamos a ser responsables ante nuestras acciones. En la comunidad hallamos apoyo y motivación para mantenernos firmes en nuestra búsqueda de una vida sabia y plena.

5 LAS DECISIONES QUE AFECTAN NUESTRA COSECHA

Cada elección que hacemos tiene consecuencias.

Gálatas 6:7-8 dice: “No erréis; Dios no puede ser burlado; pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará. Porque el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción; más el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna.”

Este versículo nos advierte sobre la importancia de nuestras decisiones diarias. Si sembramos en cosas temporales y mundanas, cosecharemos vacío y desilusión. Sin embargo, si nuestra siembra es espiritual, los frutos serán abundantes y eternos. Así, cada acción, cada decisión y cada actitud cuenta en nuestro andar diario.

6 LA PERSEVERANCIA EN TIEMPOS DIFÍCILES

En momentos de dificultad, es crucial mantenernos enfocados en la promesa de Dios.

Santiago 1:2-4 nos instruye: “Hermanos míos, tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas, sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia. Mas tenga la paciencia su obra completa, para que seáis perfectos y cabales, sin que os falte cosa alguna.”

Las pruebas pueden parecer obstáculos, pero en realidad son

oportunidades para fortalecer nuestra fe y carácter. Si perseveramos, podremos cosechar frutos de madurez espiritual que enriquecerán nuestras vidas y las de quienes nos rodean

7 LA GRATITUD COMO ACTITUD

Finalmente, debemos recordar que la gratitud es un elemento clave en la cosecha de buenos frutos.

Colosenses 3:15 dice: “Y la paz de Dios gobierne en vuestros corazones, a la que asimismo fuisteis llamados en un solo cuerpo; y sed agradecidos.”

Un corazón agradecido reconoce las bendiciones de Dios, incluso en medio de las circunstancias más complicadas. La gratitud transforma nuestra perspectiva y nos ayuda a enfocarnos en lo que realmente importa.

Ayer, nada más, me encontré con una joven que tiene un centro de estética y le pregunté: “¿Qué tal te va?” Y me respondió: “No muy bien, pero agradecida.” ¡Me pareció tan lindo! Y le dije: “¡Esa es la actitud, agradecer a Dios, aunque las cosas no vayan como queremos!”

A medida que cultivamos un espíritu de agradecimiento, los frutos de nuestra vida reflejan alegría y satisfacción en el propósito divino.

CONCLUSIÓN

Cosechar buenos frutos de una vida sabia y plena es un proceso continuo que requiere dedicación, comunidad, decisiones sabias, perseverancia y un corazón agradecido. La Biblia, a través de esos versículos, nos proporciona un mapa claro hacia la obtención de estos frutos. Al comprometernos con las enseñanzas de la Escritura y permitir que su verdad guíe nuestras vidas, podemos vivir de manera que honre a Dios y beneficie a quienes nos rodean.

Sigamos sembrando con sabiduría, para que, en el tiempo adecuado, podamos ver la abundante cosecha de una vida plena en Cristo.

Pastora Moreiba Cabrera.

INTRODUCCIÓN

Tener árboles frutales en el jardín es una satisfacción inmensa, pero lograr que den frutos abundantes y de buena calidad puede ser todo un desafío. Sin embargo, con la nutrición adecuada, la poda precisa y el riego correcto, es posible obtener cosechas más tempranas y generosas. El buen fruto es el que produce el Espíritu Santo.

VERSÍCULO LEMA

Jeremías 17:7-8: “Bendito el varón que confía en Jehová, y cuya confianza es Jehová. Porque será como el árbol plantado junto a las aguas, que junto a la corriente echará sus raíces, y no verá cuando viene el calor, sino que su hoja estará verde; y en el año de sequía no se fatigará, ni dejará de dar fruto.”

NUTRICIÓN ESPIRITUAL: ¿CÓMO ALIMENTAR NUESTRAS VIDAS PARA DAR FRUTOS?

Las plantas, esos seres vivos que embellecen nuestro entorno y son esenciales para la vida en la Tierra, dependen de ciertos elementos clave para su crecimiento, salud y desarrollo. Entre ellos encontramos el nitrógeno, el fósforo, el potasio, el calcio y el magnesio, conocidos como macronutrientes. Pero, ¿qué pasaría si pudiéramos trazar un paralelismo entre estos nutrientes esenciales y elementos más espirituales que también nutren nuestra existencia? Veamos a continuación cada uno de ellos:

1 NITRÓGENO (N) - FE EN DIOS

El nitrógeno es un elemento químico esencial para el crecimiento de las plantas. A través de procesos biológicos complejos, como la fotosíntesis, las plantas transforman el dióxido de carbono (CO₂) del aire y el agua (H₂O) del suelo en glucosa, un azúcar que sirve como fuente de energía.

La clorofila, el pigmento que da color verde a las plantas, es clave en este proceso, ya que absorbe la luz solar necesaria para la fotosíntesis. Pero lo que muchas personas no saben es que el nitrógeno juega un

papel crucial en la formación de la clorofila. Este elemento es parte de los aminoácidos, las proteínas y otras moléculas esenciales para el crecimiento celular de las plantas.

Sin una cantidad suficiente de nitrógeno, las plantas no podrían producir clorofila, lo que limitaría su capacidad para realizar fotosíntesis, frenando su crecimiento y desarrollo. En otras palabras, el nitrógeno es vital para que las plantas puedan obtener la energía necesaria para crecer y reproducirse.

De forma paralela, la fe en Dios tiene una importancia fundamental en la vida espiritual cristiana. La fe es el principio que sostiene la relación entre el creyente y Dios. Sin fe, la vida cristiana pierde su rumbo y propósito.

La fe es como la clorofila para la vida espiritual; es la sustancia que conecta al cristiano con Dios y permite que la gracia divina fluya en su vida. Así como el nitrógeno es esencial para la producción de energía en las plantas, la fe es esencial para recibir la energía espiritual necesaria para vivir según los principios cristianos. La fe, entendida como confianza y dependencia en Dios, impulsa la vida espiritual, permitiendo que el creyente se fortalezca, crezca en su comprensión de la Palabra de Dios y sirva con amor a los demás.

En la Biblia, se nos enseña en *Hebreos 11:1* que *“La fe es la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve.”*

Esta fe no es simplemente un acuerdo intelectual con ciertos hechos, sino una confianza plena en Dios, que se refleja en la obediencia a Su voluntad. Esta fe es lo que permite que los cristianos vivan en el poder del Espíritu Santo, experimentando una transformación en su carácter, valores y prioridades.

De igual manera que las plantas necesitan nitrógeno para crecer

adecuadamente, los cristianos necesitan fe para experimentar el crecimiento espiritual que Dios desea para ellos. La fe permite que el creyente se sostenga en momentos de dificultad y, a través de esa fe, pueda alcanzar un conocimiento más profundo de Dios y Su propósito en su vida.

Así, el nitrógeno en el ámbito natural y la fe en el ámbito espiritual se convierten en componentes clave para el crecimiento y desarrollo. Mientras que el nitrógeno es esencial para la vida de las plantas, la fe es igualmente indispensable para la vida espiritual del cristiano. Ambos son factores que permiten la transformación, el progreso y la abundancia en sus respectivos ámbitos, permitiendo que las plantas florezcan y los creyentes vivan una vida plena en Cristo.

2 FÓSFORO (P) - SABIDURÍA Y CONOCIMIENTO DE DIOS

Al igual que las plantas dependen del fósforo para su crecimiento, los cristianos dependemos de la sabiduría de Dios para madurar en nuestra fe y dar frutos espirituales que glorifiquen a nuestro Creador.

En *Colosenses 1:9-10*, Pablo ora para que los creyentes sean llenos de la sabiduría de Dios: *“Por lo cual también nosotros, desde el día que oímos esto, no cesamos de orar por vosotros y de pedir que seáis llenos del conocimiento de su voluntad en toda sabiduría y entendimiento espiritual, para que andéis como es digno del Señor, agradándole en todo, llevando fruto en toda buena obra.”*

La sabiduría de Dios es esencial no solo para nuestra vida espiritual, sino también para vivir de manera fructífera y fiel en este mundo.

El conocimiento de Dios y la sabiduría contenida en Su Palabra son fundamentales para el crecimiento y la fortaleza de la vida cristiana. De la misma manera que el fósforo es un nutriente esencial para las raíces de las plantas, la sabiduría divina actúa como el alimento que sostiene

y fortalece la fe del creyente, permitiéndole dar fruto en su caminar cristiano.

En la Biblia, se describe el conocimiento de Dios no solo como un entendimiento intelectual, sino como una relación personal y transformadora. Al profundizar en la Palabra de Dios, los cristianos reciben revelación sobre la voluntad de Dios, sobre los principios de vida y la dirección para su caminar diario.

Este conocimiento no es superficial; implica una comprensión profunda que va más allá de la mente y se adentra en el corazón, moldeando el carácter y las acciones del creyente.

La sabiduría divina, por su parte, es el principio rector que guía al cristiano en medio de las dificultades y decisiones de la vida.

Proverbios 2:6 nos enseña: “Jehová da la sabiduría; de su boca viene el conocimiento y la inteligencia.”

Al igual que el fósforo ayuda a las raíces de las plantas a absorber mejor los nutrientes y promover su crecimiento, la sabiduría de Dios permite que el cristiano asimile y viva de acuerdo con los principios del Reino, produciendo frutos espirituales como el amor, la paz, la paciencia y la bondad.

El conocimiento de Dios y la sabiduría que proviene de Su Palabra son esenciales para una vida cristiana fructífera. A medida que el creyente se alimenta de estos nutrientes espirituales, su vida se fortalece y se hace más productiva para el Reino de Dios, reflejando Su gloria y transformando a otros.

3 POTASIO (K) - ORACIÓN Y RELACIÓN CON DIOS

El potasio ayuda a las plantas a resistir el estrés, regulando el balance de agua y nutrientes. En la vida cristiana, la oración y la relación constante con Dios sirven como una fuente de fortaleza y protección ante las pruebas.

El potasio es un mineral esencial para el crecimiento de las plantas, desempeñando un papel crucial en varios procesos biológicos. Una de sus funciones más importantes es ayudar a las plantas a resistir el estrés, ya sea causado por condiciones ambientales extremas, enfermedades o deficiencias de nutrientes. A través de la regulación del balance de agua y nutrientes, el potasio contribuye a la salud y estabilidad de las plantas, mejorando su capacidad para adaptarse a situaciones adversas.

Esta función se realiza principalmente a través de la regulación de los estomas, los poros microscópicos en las hojas que controlan el intercambio de gases y la transpiración. De esta manera, el potasio ayuda a las plantas a mantener una correcta hidratación y a prevenir la deshidratación, facilitando su sobrevivencia en condiciones de estrés.

De manera similar, en la vida cristiana, la oración y una relación constante con Dios son fundamentales para enfrentar las pruebas y dificultades que se presentan a lo largo de la vida. Así como las plantas dependen del potasio para resistir las adversidades, los cristianos encuentran fortaleza y protección en su conexión con Dios, especialmente en tiempos de tribulación.

La oración, como un acto de comunicación constante con el Creador, fortalece el espíritu y proporciona la claridad necesaria para enfrentar las pruebas cotidianas. El proceso de oración actúa de manera análoga a la función del potasio en las plantas. En momentos de angustia o incertidumbre, la oración sirve como un canal para recibir consuelo, paz y dirección. Al igual que el potasio regula el flujo de agua y nutrientes en las plantas, la relación con Dios permite que la vida del cristiano esté

en equilibrio, alimentada por la fe, la esperanza y el amor. Esta conexión espiritual asegura que, aunque el cristiano pase por situaciones difíciles, siempre podrá contar con la fortaleza divina para superar los obstáculos.

La resistencia al estrés, tanto en las plantas como en la vida cristiana, no solo se trata de superar las dificultades inmediatas, sino también de desarrollarse a través de ellas. Así como las plantas, al recibir potasio, se vuelven más resilientes y fuertes frente a las adversidades, los cristianos, al cultivar una relación profunda con Dios, se fortalecen y transforman en mejores personas, más capaces de enfrentar los desafíos de la vida con fe y esperanza.

Filipenses 4:6: “No se inquieten por nada, sino que en toda situación, mediante oración y súplica, con acción de gracias, presenten sus peticiones a Dios.”

La oración fortalece al cristiano y lo ayuda a mantenerse firme, igual que el potasio ayuda a las plantas a resistir condiciones difíciles.

CONCLUSIÓN

Así como una planta necesita nutrientes esenciales para crecer sana, fuerte y dar fruto, nuestra vida espiritual también requiere de elementos fundamentales que nos sostengan, nos nutran y nos impulsen a florecer y fructificar conforme al propósito de Dios.

En esta reflexión se nos presentan tres (de cinco; veremos los dos restantes en la siguiente lección) componentes esenciales —nitrógeno, fósforo y potasio— aplicados de manera simbólica a nuestra relación con el Creador: la fe, la sabiduría y la oración.

El nitrógeno representa la fe en Dios, ese fundamento invisible pero poderoso que sostiene todo lo que somos. Así como el nitrógeno permite el crecimiento

de las hojas y da vigor a la planta, la fe es lo que alimenta nuestro espíritu, nos da esperanza en medio de la adversidad y nos mantiene firmes cuando los vientos soplan fuerte. Sin fe, es imposible agradar a Dios, y sin ella, nuestra vida se marchita espiritualmente.

El fósforo simboliza la sabiduría y el conocimiento de Dios. Este nutriente es esencial para el desarrollo de las raíces en una planta, y en nosotros representa la profundidad de nuestro entendimiento espiritual. No basta con creer; también debemos conocer al Dios en quien creemos. La sabiduría que proviene de Dios nos guía por caminos de rectitud, nos aleja del mal y nos permite tomar decisiones que conducen a una vida fructífera y en bendición.

Por último, el potasio se relaciona con la oración y la relación con Dios. Así como el potasio fortalece el sistema inmunológico de las plantas y las prepara para resistir enfermedades, la oración fortalece nuestra vida interior, refuerza nuestra conexión con Dios y nos prepara para enfrentar las pruebas del día a día. La oración no es solo una práctica religiosa, sino un canal de comunicación constante con nuestro Padre Celestial.

En conjunto, estos tres elementos espirituales nos muestran que, para llevar una vida llena de buenos frutos, necesitamos una fe firme, un conocimiento profundo de Dios y una relación constante con Él. Solo así, como una planta bien cuidada, podremos crecer, florecer y dar fruto para la gloria de Dios.

Pastora Moreiba Cabrera.

INTRODUCCIÓN

En nuestra vida espiritual, al igual que las plantas, necesitamos ciertos “macronutrientes” para poder crecer, desarrollarnos y dar frutos en nuestra relación con Dios y con los demás. Así como las plantas requieren agua, luz solar y nutrientes del suelo para mantenerse vivas y productivas, nosotros también necesitamos cinco elementos fundamentales para nuestra vida espiritual: fe en Dios, sabiduría y conocimiento de Dios, la oración y relación con Dios, amor y servicio a los demás, y la obediencia a la Palabra de Dios.

Si alguno de estos elementos falta o está desequilibrado, nuestra vida espiritual puede marchitarse, perdiendo la vitalidad necesaria para enfrentar los retos y dificultades que surgen en el camino. Al igual que las plantas dependen de los macronutrientes esenciales, nuestra vida espiritual requiere estos pilares fundamentales para mantenerse sana, vibrante y fructífera. Solo así podremos alcanzar el propósito divino para el cual fuimos creados.

Veamos a continuación los dos que nos faltan de la lista:

4 MAGNESIO (MG) – AMOR Y SERVICIO A LOS DEMÁS

El magnesio es un mineral esencial para la vida de las plantas. Sin él, no puede producirse la clorofila, el pigmento verde que permite la fotosíntesis, proceso vital por el cual las plantas transforman la luz del sol en energía. Cuando una planta carece de magnesio, comienza a amarillear y pierde su vitalidad, pues no puede nutrirse correctamente ni crecer con plenitud.

Así como el magnesio es indispensable para que una planta refleje vida, belleza y verdor, el amor y el servicio a los demás son fundamentales para que la vida cristiana florezca.

El creyente que no ama ni sirve se estanca, pierde el brillo del Evangelio y deja de reflejar a Cristo. El amor no es opcional en la vida cristiana; es el

corazón del mensaje de Jesús. Tal como el sol no puede ser absorbido por una planta sin clorofila, la luz de Cristo no puede reflejarse plenamente en un corazón cerrado al servicio y la compasión. Servir a los demás, especialmente a los más necesitados, es permitir que la gracia de Dios fluya a través de nosotros.

Jesús lo dejó claro en:

Marcos 10:45 – “Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida en rescate por muchos.”

Él mismo es nuestro ejemplo de amor sacrificial. Imitarlo es dejar que el “magnesio” espiritual —el amor activo— nos transforme y nos haga verdaderos testigos de su luz.

Así como una planta no puede vivir sin magnesio, el cristiano no puede vivir sin amor. Solo sirviendo, perdonando y amando podremos reflejar el carácter de Cristo al mundo y cumplir con nuestra misión.

5 CALCIO (CA) – OBEDIENCIA Y FUNDAMENTO FIRME EN CRISTO

El calcio es un mineral fundamental para el crecimiento y desarrollo de las plantas. Este elemento es crucial para la estructuración de sus células y tejidos, ya que interviene en la formación de las paredes celulares, las cuales brindan rigidez y protección a la planta. Además, el calcio juega un papel importante en la regulación de diversos procesos metabólicos que permiten a las plantas adaptarse y responder a cambios en el ambiente.

Sin calcio, las plantas no podrían desarrollar un sistema celular robusto, lo que afectaría su capacidad de crecer de manera adecuada. Este mineral también es esencial para la comunicación entre las células vegetales y para el transporte de nutrientes, lo que contribuye a la salud y productividad de la planta.

De manera similar, en la vida cristiana, la obediencia a los mandamientos de Dios y un fundamento firme en Cristo son esenciales para el crecimiento espiritual de los creyentes.

Así como las plantas dependen del calcio para tener una estructura sólida y saludable, los cristianos necesitan obedecer las enseñanzas divinas para tener una vida espiritual estable y fuerte. La obediencia a los mandamientos de Dios actúa como ese “calcio espiritual”, que da firmeza al carácter del creyente, permitiéndole enfrentar las dificultades de la vida con fe y perseverancia.

La base de la vida cristiana, al igual que la planta, debe estar firmemente cimentada en Cristo. Jesús mismo lo dijo en el Evangelio de Mateo:

Mateo 7:24 – “Todo aquel, pues, que me oye estas palabras y las hace, le compararé a un hombre prudente que edificó su casa sobre la roca.”

Este versículo subraya la importancia de tener un fundamento sólido en la vida cristiana, tal como una planta necesita un suelo adecuado y los nutrientes necesarios para crecer. Solo cuando los creyentes obedecen los mandamientos de Dios y tienen a Cristo como su roca, pueden permanecer firmes frente a las pruebas y desafíos espirituales.

La analogía entre el calcio en las plantas y la obediencia en la vida cristiana se extiende más allá de la estructura y firmeza. El cristiano que sigue los principios de la Biblia experimenta una transformación interna, similar al fortalecimiento celular de la planta.

Este proceso permite que su vida espiritual crezca y florezca, dando frutos de paz, amor y justicia. Como se menciona en:

Colosenses 2:6-7 – “Por lo tanto, de la misma manera que recibieron a Cristo Jesús el Señor, así también anden en Él, arraigados y edificados

en Él, y confirmados en la fe, tal como fueron enseñados, abundando en acción de gracias."

Al igual que el calcio es vital para la vida de las plantas, la obediencia a los mandamientos de Dios es esencial para el crecimiento y madurez espiritual de cada creyente.

CONCLUSIÓN

En la vida, así como las plantas requieren ciertos nutrientes esenciales para crecer y dar fruto abundante, los seres humanos también necesitamos principios espirituales fundamentales que nos nutran y nos conduzcan hacia un propósito divino.

El nitrógeno, el fósforo, el potasio, el magnesio y el calcio, conocidos como macronutrientes esenciales para las plantas, permiten el crecimiento, la floración y la producción de frutos en el reino vegetal. Del mismo modo, existen principios espirituales que son esenciales para el desarrollo de una vida plena y fructífera en Cristo, los cuales funcionan como nutrientes espirituales que nos fortalecen y nos preparan para cumplir nuestra misión en la tierra.

En primer lugar, la fe en Dios se puede considerar el "nitrógeno" espiritual, ya que es el principio básico que da vida a todo lo demás. La fe es el fundamento sobre el que se construye una relación con Dios y nos permite confiar en Su guía y en Sus promesas. Al igual que el nitrógeno promueve el crecimiento de la planta, la fe nos impulsa a crecer en el conocimiento de Dios y a vivir en obediencia a Su voluntad.

El conocimiento y la sabiduría de Dios, por su parte, son como el "fósforo" y el "potasio" espirituales, elementos que enriquecen nuestra vida, proporcionándonos claridad y dirección en medio de las dificultades y las decisiones de la vida. La sabiduría de Dios nos capacita para vivir de acuerdo con Su propósito y nos enseña a discernir entre lo bueno y lo malo. Con

esta sabiduría podemos aplicar de manera práctica los principios divinos y así generar frutos que glorifiquen a Dios.

La oración y la relación constante con Dios funcionan como un medio para absorber estos nutrientes espirituales. De la misma manera en que las raíces de las plantas absorben los nutrientes del suelo, nuestra conexión con Dios a través de la oración nos permite estar en constante comunión con Él, recibiendo las fuerzas necesarias para vivir según Su voluntad.

Finalmente, el amor, el servicio a los demás y la obediencia a Dios son los frutos que brotan cuando estamos bien nutridos espiritualmente. Así como las plantas producen frutos visibles cuando reciben los nutrientes adecuados, nuestra vida cristiana se manifiesta en buenas obras, en el amor hacia el prójimo y en la obediencia a Dios, lo que produce un fruto abundante para Su gloria.

Los principios espirituales de la fe, el conocimiento, la sabiduría, la oración, el amor y la obediencia a Dios son los nutrientes que nos permitirán crecer en Cristo y dar frutos abundantes que glorifiquen Su nombre. Como las plantas, nuestra vida necesita estos nutrientes para alcanzar su propósito divino.

Pastora Moreiba Cabrera.

INTRODUCCIÓN

La vida cristiana es un viaje fascinante que está lleno de aprendizajes, desafíos y, sobre todo, crecimiento. La metáfora de la poda en el contexto espiritual de Juan 15 (leer) es una imagen poderosa que nos ayuda a entender cómo Dios trabaja en nosotros.

Para que una planta crezca saludable y produzca frutos abundantes, a menudo necesita ser podada. Esto significa eliminar ramas muertas o innecesarias que impiden su crecimiento y desarrollo. Del mismo modo, en nuestra vida espiritual hay aspectos que deben ser tratados. Estas “ramas” pueden representar hábitos dañinos, relaciones tóxicas o incluso pensamientos negativos que nos alejan de nuestra verdadera identidad en Cristo.

Al igual que un jardinero cuida de sus plantas para asegurar que den los mejores frutos, Dios también interviene en nuestra vida para ayudarnos a florecer en nuestro caminar con Él. En esta lección estudiaremos la importancia de la poda espiritual y cómo esta práctica puede llevarnos a producir buenos frutos en nuestra vida cristiana.

VERSÍCULO LEMA

Juan 15:2. “Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará; y todo aquel que lleva fruto, lo limpiará, para que lleve más fruto”.

1 LA PODA

DEFINICIÓN

- Podar es cortar o quitar las ramas superfluas de los árboles, vides y otras plantas para que después se desarrollen con más vigor.
- Es eliminar de algo ciertas partes o aspectos por considerarlos innecesarios o negativos.
- La poda, por tanto, conlleva eliminar las partes enfermas del árbol, cortar las ramas inútiles o envejecidas y despojarse de todo follaje estéril. Pero el fin de la poda no es solo lo negativo de lo que se

elimina, sino lo positivo del fin que se persigue: que el árbol dé más y mejores frutos.

2 LA PODA SEGÚN JUAN 15

En Juan 15, Jesús utiliza la imagen de la vid y los sarmientos para ilustrar la relación entre Él y sus seguidores, mostrando cómo debemos permanecer en Él para dar fruto.

Este pasaje nos recuerda que la poda no es un castigo, sino una forma de purificación y crecimiento. Puede ser doloroso desprenderse de cosas que hemos llegado a considerar parte de nosotros, pero es un paso necesario para madurar en nuestra fe. Así que, cuando experimentamos momentos difíciles o situaciones que parecen desafiarnos, debemos recordar que estas son oportunidades divinas para crecer más cerca de Dios.

3 ¿CÓMO NECESITAMOS SER PODADOS?

La poda que se menciona en este pasaje no es algo físico, sino espiritual. Jesús dice en:

Juan 15:2: "Todo pámpano que en mí no lleva fruto lo quita; y todo aquel que lleva fruto lo limpia, para que dé más fruto".

La poda se refiere a la intervención divina en nuestras vidas, con el fin de eliminar todo aquello que nos impide crecer en nuestra fe y en nuestra relación con Dios.

El proceso de poda se da en varios niveles. Primero, Dios corta todo lo que no produce fruto, es decir, aquellos aspectos de nuestras vidas que no contribuyen al crecimiento espiritual. Esto puede incluir actitudes, hábitos, pensamientos o comportamientos que nos alejan de la voluntad de Dios.

De igual manera, cuando estamos en Cristo y damos fruto, Dios “limpia” o poda aquellos elementos que aún pueden estar limitando nuestro potencial para dar más fruto. Esto implica una purificación, a veces dolorosa, pero necesaria para nuestro crecimiento.

4 ¿POR QUÉ NECESITAMOS SER PODADOS?

La razón principal por la cual necesitamos ser podados es para poder dar más fruto. Jesús nos llama a ser fructíferos, a vivir de una manera que refleje Su amor, gracia y santidad en el mundo. Al igual que una vid que no da fruto no cumple con su propósito, el creyente que no produce fruto está desperdiciando su potencial espiritual.

EL AMOR EN LA PODA

Una de las verdades más maravillosas sobre la poda espiritual es que se realiza en un contexto de amor. El jardinero que poda no lo hace por crueldad, sino por cuidado. De igual manera, Dios actúa en nuestras vidas con amor y propósito. Él no nos abandona ni nos deja solos en nuestros momentos de poda; al contrario, está ahí para guiarnos y fortalecernos.

Es fundamental recordar que cada vez que enfrentamos dificultades, Dios está utilizando esa experiencia para acercarnos más a Él y hacernos más fuertes.

Por tanto, al enfrentar pruebas que nos hacen sentir incómodos, es esencial mantener una perspectiva de confianza. Debemos confiar en que, aunque no entendamos por qué estamos pasando por determinadas situaciones, Dios tiene un plan perfecto para nuestra vida. Al abrazar este enfoque, no solo encontraremos consuelo, sino que también aprenderemos a ver la poda como una oportunidad, no como una pérdida.

MANTENIÉNDONOS FIRMES DURANTE LA PODA

Es fácil desanimarse durante el proceso de poda. A veces puede parecer que estamos siendo empujados a lo desconocido o que estamos perdiendo partes de nosotros mismos que valoramos. Sin embargo, es vital permanecer firmes durante estos tiempos. La oración y la lectura de la Palabra son herramientas poderosas que nos conectan con Dios y nos dan fortaleza.

Salmos 1:3 (leer) nos muestra la imagen de un árbol fructífero y nos recuerda que aquellos que están en comunión constante con Dios, incluso durante la poda, están destinados a prosperar.

5 ¿PARA QUÉ NECESITAMOS SER PODADOS?

El propósito último de la poda es que podamos “dar más fruto”. Este fruto se refiere a una vida que refleja los atributos de Cristo.

En Gálatas, el apóstol Pablo menciona el fruto del Espíritu, y es precisamente este tipo de fruto el que debe crecer en nuestra vida:

Gálatas 5:22-23:

“Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley”.

A través de la poda, Dios nos hace más semejantes a Cristo, transformándonos de adentro hacia afuera.

Además, la poda nos prepara para cumplir con el propósito de Dios para nuestra vida. Cada uno de nosotros tiene una misión específica en Su reino, y ser podados nos hace más aptos para llevar a cabo esa misión.

Al igual que una vid podada da más uvas, nosotros, al ser podados, podemos producir más frutos espirituales que benefician a otros y que

glorifiquen a Dios.

Por último, la poda también tiene un efecto positivo en nuestra relación con Dios. Jesús nos dice en:

Juan 15:4:

“Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí”.

La poda nos ayuda a permanecer más cerca de Él, permitiendo que Su vida fluya a través de nosotros.

CONCLUSIÓN

La poda es un proceso divino que, aunque doloroso en momentos, tiene un propósito claro: llevarnos a un mayor crecimiento espiritual y a una vida fructífera en Cristo.

Necesitamos ser podados porque Dios desea que nuestras vidas reflejen Su gloria y que cumplamos con el propósito para el cual fuimos creados. Al ser podados, eliminamos todo lo que nos impide crecer y nos preparamos para ser más efectivos en Su obra.

Así que, querido herman@, cuando enfrentes la poda en tu vida, sonríe y agradece a Dios por el cuidado que te brinda. Confía en el proceso y observa cómo, con el tiempo, serás testigo de la abundancia de frutos que solo Él puede producir en ti. ¡Tu vida será un reflejo hermoso de la gloria de Dios!

Pastora Moreiba Cabrera.

INTRODUCCIÓN:

El deseo de Dios para nuestras vidas es que seamos cristianos fructíferos, y por eso hemos estado estudiando durante este mes de octubre la necesidad de tener una nutrición adecuada, una poda precisa y, ahora, un riego correcto para poder obtener buenos frutos con la ayuda del Espíritu Santo.

VERSÍCULO LEMA

Isaías 58:11.

“Jehová te pastoreará siempre, y en las sequías saciará tu alma, y dará vigor a tus huesos; y serás como huerto de riego, y como manantial de aguas, cuyas aguas nunca faltan”.

EL RIEGO CORRECTO

El factor más importante para que las plantas crezcan adecuadamente y den buenos frutos es el agua. A través del suelo, las plantas absorben todos los nutrientes que necesitan.

Cuando el suelo no recibe la cantidad de agua suficiente de forma natural mediante la lluvia, debemos incorporar sistemas de riego alternativos.

El concepto de “riego” no solo se asocia al acto físico de irrigar tierras y cultivos. En lo espiritual, el riego adquiere un significado profundo y enriquecedor. Imagina por un momento que nuestra alma y espíritu son como jardines: requieren atención, cuidado y, sobre todo, los recursos necesarios para florecer y dar frutos.

En este contexto, el riego representa la acción de nutrir nuestro ser interior con elementos que favorezcan nuestro crecimiento espiritual. Así como una planta necesita agua, luz y nutrientes, nosotros necesitamos amor, conocimiento y experiencias que alimenten nuestra esencia. Esto puede incluir prácticas como la meditación, la oración y la reflexión, que nos permiten conectar con nuestras raíces más profundas.

¿Cuáles son los elementos que alimentan, fortalecen y transforman nuestro espíritu? Aquellos que actúan como “agua viva” para el alma y el espíritu.

1 LA ORACIÓN – CONEXIÓN VIVA CON LO DIVINO

1 Tesalonicenses 5:17:

“Orad sin cesar”.

La oración no es solo pedir cosas a Dios, sino un acto íntimo de comunión. A través de la oración, abrimos nuestro corazón, reconocemos nuestras debilidades, agradecemos, intercedemos por otros y recibimos dirección espiritual.

La oración fortalece la fe, da paz, guía, consuelo y dirección. Es un canal para pedir sabiduría y renovar el corazón.

La oración riega el alma con paz y confianza. Nos conecta con la fuente de vida y nos recuerda que no estamos solos. Esta puede ser verbal, silenciosa, espontánea o estructurada, pero siempre sincera.

“La oración es a nuestra alma lo que el agua es para una planta: sin ella, no hay vida espiritual.”

2 LA PALABRA – NUTRICIÓN Y FUNDAMENTO

Salmos 119:105:

“Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino.”

La lectura y meditación en las Escrituras proporciona alimento sólido. Nos revela verdades eternas, nos guía en nuestras decisiones y nos confronta cuando nos desviamos.

La Biblia renueva la mente y fortalece el corazón. Nos ayuda a discernir

entre lo verdadero y lo falso. Inspira, consuela, corrige y afirma.

Leer y meditar en la Biblia es como regar el alma con verdad y revelación. Ella renueva la mente y transforma la manera de vivir.

Mateo 4:4:

"No solo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios."

3 LA ADORACIÓN – RIEGO CON AMOR Y ENTREGA

Adorar es rendirse ante lo divino con reverencia y amor. Es reconocer que hay un poder más alto y digno de honra. Eleva el espíritu y lo centra en lo trascendente.

La adoración nos eleva por encima de los problemas. Centra el corazón en lo eterno, no en lo temporal. Puede ser con música, arte, palabras o silencio. Permite que el alma se rinda, se purifique y reciba gozo y libertad.

Salmos 22:3:

"Dios habita en medio de la alabanza de su pueblo."

4 EL ESPÍRITU SANTO – EL VERDADERO RIEGO DEL ALMA Y DEL ESPÍRITU

En muchas tradiciones, el Espíritu Santo actúa como el verdadero "agua viva". Es quien guía, transforma y fortalece interiormente.

Juan 7:38:

"El que cree en mí, de su interior correrán ríos de agua viva."

En última instancia, todo riego espiritual auténtico proviene del Espíritu Santo. Él es el origen, el canal y la fuerza que sostiene la vida interior.

Sin Su acción en nosotros, toda práctica espiritual se vuelve seca, mecánica o estéril. Pero cuando el Espíritu interviene, incluso las acciones más sencillas —como una oración susurrada o un silencio profundo— se convierten en encuentros vivificantes con lo divino.

El Espíritu Santo es quien convence al corazón, trayendo luz donde hay confusión, despertando conciencia donde hay adormecimiento y tocando fibras internas que solo Él puede alcanzar.

Su obra no solo mejora conductas, sino que transforma por completo el ser interior. Lo que antes era imposible se vuelve alcanzable; lo que estaba muerto cobra vida; lo que parecía sin valor se llena de propósito.

El Espíritu consuela en los momentos de quebranto, no con palabras vacías, sino con una paz profunda que supera toda lógica humana. Su consuelo no es evasión del dolor, sino presencia en medio del dolor.

Más allá de eso, nos da poder. No un poder físico ni egoísta, sino la capacidad espiritual de amar cuando es difícil, resistir la tentación, perdonar lo imperdonable y caminar por fe cuando no hay señales visibles de esperanza.

Juan 7:38 (otra vez, explicado por Jesús):

"El que cree en mí —como dice la Escritura— de su interior brotarán ríos de agua viva."

El Espíritu Santo es una fuente inagotable. A diferencia de las emociones humanas que fluctúan o de las motivaciones que se agotan, Su presencia nunca se seca.

Cuando permitimos que Él riegue nuestro interior, comienzan a manifestarse en nosotros los frutos espirituales descritos en:

Gálatas 5:22–23:

“Amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre y dominio propio.”

Y es por eso que Jesús dijo con autoridad y ternura:

Juan 4:14:

“El que beba del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que brota para vida eterna.”

Esa agua que Cristo ofrece es el Espíritu mismo, obrando en el interior del ser humano, llenando los vacíos, sanando las heridas, removiendo la sequedad del alma y activando la vida eterna desde el presente.

CONCLUSIÓN

Podemos practicar disciplinas espirituales, ayunar como hemos hecho en días atrás, asistir a todas las reuniones, discipulados y grupos vida, podemos hacer buenas obras... pero si no permitimos que el Espíritu Santo sea quien riegue nuestra vida interior, todo esfuerzo será como sembrar en tierra seca.

Pero cuando al Espíritu Santo le damos libertad para actuar, entonces nuestras almas y espíritus florecen, dan fruto y nos convertimos también en fuente de vida para otros.

Pastora Moreiba Cabrera.